

Revista de Dialectología y Tradiciones Populares,
vol. LXVIII, n.º 1, pp. 265-275, enero-junio 2013,
ISSN: 0034-7981, eISSN: 1988-8457

NOTAS DE LIBROS

NOGUÉS, Antonio Miguel y Francisco CHECA (coords.): *La cultura sentida* (Sevilla: Signatura Demos, 2011), 529 pp.

La Cultura Sentida, título que los coordinadores Antonio Miguel Nogués y Francisco Checa han extraído de una popular sentencia del profesor Rodríguez Becerra: «para estudiar la cultura, primero hay que sentirla», va más allá, según comentan, de un simple libro de homenaje a una persona entrañable y querida. Se trata de un compendio de estudios con los que el lector puede entender cuáles son los ámbitos en los que la labor de este antropólogo andaluz es, desde hace tiempo, una referencia inexcusable.

En la propia introducción plantean los autores: «*La cultura sentida* no es un estado de la cuestión de nada, no lo pretende. En el mejor de los casos, quizás la mayor pretensión intelectual de este homenaje pudiera ser la de trazar posibles futuros para lo que sea que fuere esto que muchos llaman antropología social» (p. 12).

La obra se estructura en torno a cinco bloques con nombres explícitos e indispensables: «la cultura en lo sagrado», «sin etnografía no hay antropología», «la controvertida historia de la cultura popular», «la fiesta como expresión de la vida social» y «qué es la antropología social». En este amplio marco de conocimiento, los autores (un total de veinticinco) escriben desde una doble intencionalidad: proyectiva, explicando cómo deberían ser las cosas, y descriptiva, poniendo el acento en la necesidad de la antropología para aumentar la acumulación del saber.

Tras la introducción, Francisco Checa nos familiariza, desde la amistad profunda que le une a Salvador Rodríguez Becerra, con la persona y el perfil del antropólogo, que ha destacado, sobre todo, como estudioso de la religión. Pero, además, pergeña una descripción minuciosa de su contribución en acercar la Universidad a la sociedad, con su impecable perfil de animador cultural y editor.

La primera parte de la obra se estructura, a su vez, en cinco capítulos. Sol Tarrés resume los logros, fracasos y líneas desarrolladas en torno al estudio de la religión en Andalucía, en los últimos veinticinco años. Para Félix Talego es necesario reconsiderar el ascetismo y misticismo como dos maneras de vivir la relación con lo sagrado, para ello, considera lo sagrado, a su vez, como una realidad esencial y necesariamente vinculada a las estructuras de poder institucionalizado.

«La persistencia de la religión en una Andalucía secularizada», de Rafael Briones, significa un repaso a la progresiva secularización de esta región y el contraste con un resurgir religioso que se hace visible en una diversidad de grupos religiosos no católicos. El capítulo que firma Pilar Sanchiz revisa dos tendencias tipo que representan en América Latina dos extremos, entre la trascendencia y la inmanencia: el fundamentalismo y el macroecumenismo. Y Pedro Gómez describe algunos aspectos de la problemática que suscita la presencia del Islam en Occidente, se sitúa en la defensa del saber científico, con un rigor en su método, más allá del relativismo cultural.

Comienza el segundo bloque del libro, donde están incluidas seis aportaciones, con un capítulo de Javier Escalera; autor que reivindica la etnografía como seña de identidad del antropólogo, para romper con cierto complejo de inferioridad frente a otras disciplinas, supestandamente más científicas.

Por eso, para Gerardo Fernández la etnografía se convierte en un arte de exquisita descripción del proceso ritual de atención a los difuntos entre los Aymaras del Lago Titicaca. También la presentación minuciosa de la conjunción ciencia y fe al servicio de la salud de los

enfermeros obregonos, ahora en el capítulo de Manuel Jesús García, ayuda a fortalecer la valía de la recopilación de material etnográfico, en este caso a través de la antropología histórica. En la misma línea de revisión de archivos y textos clásicos se mantiene el trabajo sobre la romería de la Virgen de la Cabeza en Andujar (Jaén). Su autor, Enrique Gómez, traza el devenir de esta fiesta, tanto en los abandonos de ciertos rasgos de la memoria histórica, como la pervivencia de algunas de sus expresiones.

María Dolores Vargas cruza el Mediterráneo y se centra en la religiosidad popular en Maruecos, a través de sus formas de santidad; un tema, sin duda, apasionante y que nos sitúa más cercanos al Otro. Un contexto tan interesante como Chiapas ocupa la investigación de Pilar Gil, una etnografía que muestra las diversas identidades sociales de la región, con un enfoque innovador de los ministerios indígenas de la teoría de la liberación desde la perspectiva de género. Termina este segundo bloque con el trabajo de Honorio Velasco en una deliciosa descripción de los tratos de ganado en Castilla y León; el análisis dramaturgico del mercado se convierte en una pantalla donde se puede proyectar, de algún modo, la sociedad global.

La controvertida historia de la cultura popular, tercer bloque del libro, se abre con la aportación de Celeste Jiménez, esta autora plantea una crítica a la subordinación del patrimonio a otras disciplinas de la antropología, en lo que se puede considerar una difícil relación entre ellas. Las monografías históricas locales tienen una expresión brillante con el trabajo de Javier Marcos; éste reflexiona sobre la excesiva visión etnocéntrica que se ha traslucido de los escritos de los historiadores profesionales, para concluir otorgándoles un valor que les corresponde. La música popular centra la atención del capítulo de Modesto García, preocupado por la intangibilidad de esta expresión cultural dentro del patrimonio.

Se cierra este bloque con una reflexión sobre sostenibilidad, en la que Esteban Ruiz aplica el conocimiento antropológico como un diálogo que los grupos humanos mantienen con su memoria colectiva en un contexto globalizado.

Dos capítulos se incluyen en la parte cuarta, uno de Xosé Manuel González, centrado en las representaciones de moros y cristianos en Galicia, y otro, de José Ignacio Homobono, utilizando el concepto de glocalización para analizar la casuística de la fiesta vasca y la europea.

Bajo el título: *¿Qué es antropología social?*, se acogen las aportaciones que cierran el libro. En esta quinta parte aparecen cinco trabajos con miradas eclécticas sobre la disciplina en la actualidad. Se trabaja con antropología aplicada en el capítulo de Luís Álvarez, el autor avanza en la descripción de un mundo contemporáneo que tiene una conciencia medioambiental, y el difícil equilibrio entre el desarrollo sostenible y el sentimiento de pertenencia a una misma entidad planetaria. «El amor como producto de la cultura de masas», con este título tan sugerente nos sorprende José Luís Anta, para hablar del amor como un producto del capital, como una mercancía que da sentido a lo que nos rodea y que convierte nuestro destino amoroso en una novela rosa. Eloy Gómez escribe sobre los campesinos, analiza su significado actual, examina las características de esta unidad de producción y, por último, plantea su pervivencia en las sociedades postindustriales. Dice Enrique Luque que en su capítulo va a hablar de política, de economía y de metáforas de poder, para ello, emplea la antropología como hilo conductor. Cierra el libro, y esta última parte, «¿Qué se siente al caminar?», pregunta que nos conduce a un recorrido, también en metáfora, a través de la experiencia vital del propio autor, Joan Prat, con una narración que evoca la nostalgia de los cuadernos de campo, la etnografía en estado puro, la distinción del buen antropólogo.

Sin duda, esta obra homenaje a Salvador Rodríguez Becerra se conforma como una oportunidad única de revisar en qué momento está y qué perspectivas tiene, actualmente, la investigación antropológica en España. Como en la propia introducción se anuncia, «todos los capítulos reivindican, de una manera u otra, el quehacer antropológico y el trabajo de campo, sea buceando en documentos históricos o con registros orales, como elemento distintivo» (p. 16). Definitivamente, merece una profunda lectura este libro, como merecido es el respeto y admiración por un antropólogo total, como citaban a Claude Lévi-Strauss, Salvador Rodríguez Becerra.

ÁNGELES ARJONA GARRIDO
Universidad de Almería

MONCÓ REBOLLO, Beatriz (ed.): *Relación de la entrada de algunos padres de la Compañía de Jesús en la China y particulares sucesos que tuvieron y de cosas muy notables que vieron en el mismo Reino* (Alcorcón: Instituto de Estudios Históricos del Sur de Madrid «Jiménez de Gregorio», 2011), 187 pp.

La presente obra da a conocer al público en lengua castellana la figura de Diego de Pantoja (1571-1618), quien sin duda todavía es un gran desconocido dentro de la historiografía sobre las misiones orientales de la Compañía de Jesús. Se trata de la reedición de una carta del misionero madrileño escrita en 1602, precedida de una introducción histórica por parte de la antropóloga Beatriz Moncó Rebollo.

De Pantoja poco se conoce. Sin duda este jesuita, que llevó a cabo una intensa e importante labor en la capital de la China Ming, Beijing, ha sido víctima de esa tendencia tan común dentro de la historiografía sobre las misiones que consiste en aislar y únicamente destacar individuos ilustres en proyectos humanos que requerían del trabajo de todo un equipo (algo que la misma Moncó analiza para el caso de Ricci y la misión jesuita en la China Ming, ver pp. 41 y 44). Se ha tendido a menudo a buscar «líderes» en gestas que representaban ante todo proyectos colectivos. Así pues de quien fuera mano derecha de Matteo Ricci y continuador de su obra poco se sabe. La gloria se la ha venido llevando el italiano (ver p. 30) y Pantoja evoca en España a una tonadillera más que a otra cosa. Las lagunas en torno a su persona se vieron en parte mitigadas hace tres lustros con la traducción al castellano de una parte de la tesis doctoral del historiador chino Zhang Kai patrocinada por la AECI. La obra se publicó bajo el título *Diego de Pantoja y China: un estudio sobre la 'Política de Adaptación' de la Compañía de Jesús* (Beijing: Editorial de la Biblioteca de Beijing, 1997) y aunque pobremamente editada fue una importante contribución al redescubrimiento del jesuita de Valdemoro.

Dadas pues estas premisas es de agradecer la presente edición y el esfuerzo de Beatriz Moncó, gran conocedora de la obra evangélica de la Compañía de Jesús en la China imperial, pues a ello ha dedicado varios artículos, así como parte de su libro publicado en 1991 sobre viajeros occidentales en China (*Viaje de la China*, Madrid: Alianza Editorial, 1991). La carta de Pantoja que nos presenta viene precedida de una extensa introducción de 94 páginas. En ella Moncó delinea el contexto histórico que vio surgir a la misión jesuita en la China imperial y ofrece un retrato y una valoración de la figura de Pantoja. Quisiéramos destacar dos aspectos de sus apuntes biográficos. Por un lado, a Pantoja habría que atribuirle algunos de los logros que tradicionalmente se le imputan a Matteo Ricci; en la China Ming tales logros consistieron en una sutil aproximación —¿mimetización?— de la teología católica a la ideología confuciana y el uso de la tecnología y de los conocimientos técnicos para seducir a la corte imperial. La primera estrategia les ganó a los jesuitas las simpatías de la *intelligentsia* imperial, mientras que la segunda les abrió las puertas de la Ciudad Prohibida y la protección del emperador. Por el otro lado, Moncó retrata a Pantoja como un antropólogo «avant la lettre», un misionero capaz de llevar a cabo una «etnografía experimental» (pp. 62, 65 y 69) y un «mediador cultural», autor una obra que es «expresión viva de interculturalidad» (pp. 84 y 85). Tal empeño en ponerle al evangelizador un corsé de antropólogo moderno nos parece algo forzado, pero no cabe duda que los misioneros jesuitas durante la época moderna, de Luis Fróis a Pedro Páez, de Antonio de Montserrat a Diogo Gonçalves, fueron agudos observadores de realidades «otras» y magníficos narradores.

Cabe decir que algunos aspectos de la introducción podrían haberse cuidado más: los dos mapas que se incluyen (pp. 20 y 30) son apenas legibles; algunas erratas se podrían haber corregido (pp. 25, 61 y 62); por último, la autora podría haber tomado esta oportunidad para incluir una bibliografía completa de los trabajos de Pantoja, así como de las ediciones de sus obras, algo que habría sido de gran utilidad para estudiosos futuros.

La Carta que centra el libro lleva por título *Relación de la entrada de algunos padres de la Compañía de Jesús en la China*. Se trata de una reedición, pues el documento gozó de amplia difusión apenas llegó a la Península, con varias ediciones en castellano así como traducciones al francés, alemán, latino e inglés (p. 35). Para la transcripción del texto original conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid Moncó ha elegido una metodología respetuosa con el

lenguaje de la época (p. iv), lo que nos parece lo correcto ya que permite apreciar el estilo del autor, así como la época en que fue redactado el texto. La carta fue escrita por Pantoja en 1602 e iba dirigida a su amigo el Padre Luis de Guzmán. Pantoja arriba a la China continental a finales de 1599, por lo que podemos decir que se trata de un documento primerizo, prólogo a una larga estancia que se prolongaría hasta 1617. En la carta se pueden distinguir claramente tres partes: en la primera (pp. 101a 129), Pantoja relata el viaje de Macao a Beijing («Paquin» en el original); la segunda (pp. 130 a 136) es apenas un intermedio con el obligado informe sobre el «estado espiritual», es decir la contabilidad de conversiones y alianzas establecidas por los jesuitas; la tercera y más extensa (pp. 136 a 187) es una detallada descripción del imperio Ming y es la parte donde el lector encontrará más riqueza de información.

Como es común en las cartas anuas y los tratados jesuíticos de la época, la descripción de Pantoja bascula entre el estilo corográfico y el analítico, entre el texto de un viajero agudo y sorprendido y el tratado de un calculador estadista. Por ello, la tercera parte de la carta incluye de todo, desde puntualizaciones sobre la geografía de la China a detalles sobre la agricultura, la economía y la educación. La narrativa de Pantoja se articula en torno a un comparatismo radical, donde los elementos de la cultura observada van siendo, punto por punto, comparados con los de la cultura de origen. Así, mientras en el terreno de la producción intelectual el autor asevera que los chinos «no parece se pueden comparar con los nuestros» (p. 163), en lo que respecta a las técnicas de imprenta dirá «nos lleuan mucha ventaja» (*idem*).

Sin llegar al nivel de otro texto parecido, como es el *Tratado das contradições e diferenças de costumes entre a Europa e o Japão* del también jesuita Luís Frois, nos hallamos ante una obra interesante, pues se trata de una de las primeras descripciones detalladas de la China Ming editadas en Europa. Es también una pieza primeriza de Pantoja, quien llevó a cabo una intensa carrera misionera y a quien se le atribuyen varios tratados en mandarín. Es de esperar que esta edición ayude a dar a conocer la obra y la figura de alguien que en su época estuvo a la par del ya mítico Matteo Ricci.

ANDREU MARTÍNEZ D'ALÒS-MONER
Universidad de Hamburgo

VIVANCO GUERRA, Alejandro: *Una etnografía olvidada en los Andes. El Valle del Chancay (Perú) en 1963*. Edición de Juan Javier Rivera Andía (Madrid: CSIC, De Aquí y de Allá. Fuentes etnográficas, nº 9, 2012), 340 pp.

Resulta casi inverosímil que un material etnográfico tan valioso e importante como este se haya mantenido en el olvido durante tantas décadas. La labor de transcripción, introducción, anotación, edición y rescate de las fotografías y pentagramas, realizada por Juan Javier Rivera Andía, solo podría haberse logrado por alguien con un conocimiento profundo de la región a la que el antropólogo, músico y folklorista, Alejandro Vivanco, dedicó esta etnografía. De hecho, con esta edición, Rivera Andía completa más de trece años de investigación sobre el valle de Chancay, sus pueblos, su tradición oral, sus ritos y su lengua.

Saber comunicarse en quechua y saber interpretar los géneros musicales indígenas, fueron probablemente algunas de las ventajas que Alejandro Vivanco tuvo para hacer una buena etnografía en las comunidades del valle de Chancay a inicios de la década de 1960. Gracias a ese trabajo, tenemos detalles amplios de la realidad social, que ahora nos alcanza el joven antropólogo Juan Javier Rivera Andía. Creemos que la lectura del libro será de mucha ayuda y beneficio para todos aquellos antropólogos andinistas que se interesen prioritariamente en la etnografía.

Algo que llama la atención y sorprende es que Alejandro Vivanco, siendo músico, decidiera estudiar antropología a los 50 años de edad. El trabajo minucioso que se empeñó en hacer, entonces, en las comunidades que visitó, es, sin duda alguna, excepcional; sobre todo en lo que respecta a las partituras que nos dejó. Algo que también llama la atención son las forma-

lidades con que se presenta en las comunidades campesinas donde hace sus investigaciones, aunque sólo esté de paso y no permanezca allí mucho tiempo. Vivanco expone, frente a todos los miembros de la comunidad reunidos, los motivos de su presencia. En sus libretas, uno puede casi sentir cómo durante el trabajo de campo, a veces, la renuencia de algunos a brindarnos información alguna puede producirnos angustia. En otras oportunidades, encontramos el entusiasmo por conseguir recopilar informaciones útiles; o por haber tenido la suerte de encontrarnos con un «informante clave».

A partir del estudio introductorio de Rivera Andía, parece probable que Matos Mar haya partido de prejuicios influidos por las teorías que estaban en boga. Según su punto de vista, lo más viable para las «comunidades indígenas» —como se las llamaba entonces— era cambiar para progresar. La cuestión de fondo era cómo. Para los intelectuales de la época de Vivanco, optar por el «aniquilamiento de la cultural rural» era lo más «razonable». De esa forma, se aceleraría la transformación del campo y, de una vez, se los encaminaría al progreso. José María Arguedas también se preocupaba mucho por estos procesos de cambio en las comunidades. De hecho, hay toda una generación de «antropólogos románticos» que sentían angustia y añoraban un pasado glorioso que imaginaban se iba desvaneciendo.

Un hecho parece evidente a partir de la lectura de este libro: la situación de las comunidades campesinas del valle de Chancay —como Pacaraos y Huayopampa— no está del todo alejada de aquella que afecta a la mayoría de las comunidades del centro y sur del Perú incluso hoy.

Las críticas que hace Juan Javier Rivera a autores hoy considerados clásicos en la antropología peruana, como José Matos Mar y Carlos Iván Degregori, no carecen de pertinencia. Muchos de los antropólogos y sociólogos que, junto con ellos, participaron de las investigaciones iniciadas en la región cubierta por el trabajo de campo de Vivanco, llegaron a conclusiones que hoy parecen algo apresuradas o demasiado «cargadas» ideológicamente, y quizá abusando de cierta jerga pseudocientífica que hoy ha caído en desuso. Partiendo de su propio trabajo de campo en las comunidades involucradas, Rivera Andía muestra, con detalle, la superficialidad y premura de algunas de las conclusiones del equipo de antropólogos liderado por Matos y Whyte. Su interés en el porvenir de lo «tradicional» y lo «moderno», les impide, por momentos, alcanzar una visión amplia del punto de vista de los propios actores. ¿Porqué el interés en la «modernidad» habría implicado, para estos autores, una suerte de subestimación del mundo ritual y de la tradición oral? ¿Cómo es que se mantuvieron ambas manifestaciones culturales casi completamente ausentes de sus reflexiones cuando un contemporáneo conocido por todos ellos, Alejandro Vivanco, da tantas muestras incluso de la imbricación entre trabajo colectivo y rito, de hecho, tal como persiste aun hoy en muchas regiones andinas: por ejemplo, la limpieza de acequia en la provincia de Chumbivilcas, departamento del Cusco?

Los nuevos antropólogos interesados en el complejo mundo cultural andino, no tenemos más que imitar el trabajo que hizo Alejandro Vivanco, su humildad ante los hechos, su curiosidad detallista. Tal es quizá el mensaje más importante del estudio introductorio de Juan Javier Rivera, que no solo nos acerca al contexto en el que Vivanco produjo su etnografía, sino que también nos permite conocer las dinámicas y cambios de las comunidades campesinas de esta región del Perú.

MÁXIMO CAMA TITO

Universidad Autónoma de Madrid

Universidad Nacional San Antonio Abad del Cusco

BOSSERT, FRANCISCO, SENDÓN, PABLO F. y VILLAR, DIEGO (eds.): *El parentesco. Textos fundamentales* (Buenos Aires: Editorial Biblos, 2012), 417 pp.

Los responsables de esta publicación son lo que podría llamarse «antropólogos de amplio espectro», es decir, investigadores que a su labor etnográfica suman la investigación teórica, la

exploración en la historia de la disciplina y la intención pedagógica, vertientes que aquí confluyen. El propósito declarado de esta recopilación de textos sobre parentesco es el de ponerlos a disposición de etnógrafos hispanoparlantes que trabajen sobre «cuestiones relativas al parentesco en el ámbito sudamericano». No sólo para investigadores de campo, se podría agregar, sino para la labor docente a la cual este libro será sin duda una buena contribución.

No obstante, a diferencia de libros editados en España décadas atrás, traducciones de compendios de grandes antropólogos europeos —el de Dumont y el de Evans-Pritchard y Forde, ambos aparecidos en la magnífica biblioteca antropológica de Anagrama—, éste parte de la orientación ya indicada, la de los estudios sudamericanos, por lo que vemos en las páginas finales de la introducción discusiones sobre la literatura específica a las tres áreas etnográficas en las que se especializan los editores —Chaco, Amazonia, Andes— en relación con los diversos modelos que desfilan en el cuerpo del texto.

Vemos aquí reunidos una veintena de trabajos, casi todos inéditos en español, producidos en un siglo de estudio de distintos aspectos de una cuestión que ha sido la base sobre la que la antropología social se ha constituido como tal. En efecto, cuando con autores como Morgan aquello que carecía de sentido comienza a tenerlo se está a un paso de la revolución por la que se pudo llegar a abordar las sociedades otras como si fuesen sociedades nuestras y las sociedades nuestras como si fuesen sociedades otras; es decir, el descentramiento radical que, a diferencia de otras disciplinas sociales y humanas, caracteriza a la antropología.

El primer trabajo presentado, sin embargo, no es de Morgan, sino de Tylor. Aquél, es de suponer, más que nada es una especie de héroe epónimo; el sentido que propone a los fenómenos parentales que estudia entre las tribus norteamericanas es el de ser un momento en la escala evolutiva que desemboca en la familia nuclear norteamericana de fines del siglo XIX. El artículo de Tylor, aunque inmerso en la atmósfera evolucionista, aborda sociedades muy distantes unas de otras, lo suficiente como para que sus paralelismos no sean explicables por razones históricas. El método comparativo puesto aquí en operación es una especie de «corte epistemológico» que por primera vez pone sobre el tapete la sincronía estructural como ámbito de comprensión de los fenómenos parentales.

Después se nos presentan un par de escritos de Durkheim, en los que se tratan los clásicos sistemas australianos de secciones matrimoniales registrados por Spencer y Gillen. «En las sociedades australianas» —dicen los editores— «Durkheim descubre fundamentos cuyo formalismo roza —en sus propias palabras— el rigor matemático, que mantienen entre sí relaciones lógicas y necesarias; esto lo lleva a considerar estos agrupamientos sociales como verdaderos cuadros lógicos que poseen un comportamiento especial y reglas bien definidas».

Los textos que siguen contienen las discusiones que se desarrollaron en las cuatro décadas posteriores entre los grandes de la antropología anglosajona de ambas orillas del Atlántico —Kroeber, Rivers, Evans-Pritchard, Eggan y Radcliffe-Brown— sobre la relación entre los sistemas de denominaciones parentales y la realidad social, entre los modelos declarados y las conductas empíricamente observadas, entre los sustratos afectivos de las relaciones y los sistemas descentrados.

Una discusión diferente será la que se genere a partir de la obra de Lévi-Strauss entre enfoques que prioricen ya la descendencia, ya la alianza. Una terna de escritos de Dumont y Radcliffe-Brown, con un artículo del primero, una crítica del segundo y la respuesta de Dumont, es un excelente material para entender ambas posiciones en un debate que, sintéticamente puede formularse así: mi tío materno, ¿qué es?, ¿el cuñado de mi padre o el hermano de mi madre?

Y más allá, las tentativas rígida e inconducentemente formalizadas de definir los términos de parentesco de Lounsbury (gratuitamente complejas y bastante pretenciosas, Needham *dixit*), un par de artículos —uno de Goody, el otro de Schneider— de síntesis históricas, y uno final de Needham, que quizás nunca terminó de curarse del despecho que le produjo el desplante de Lévi-Strauss en las sangrientas discusiones que se entablaron en los años de 1960 sobre parentesco.

Y en medio del volumen, un par de trabajos de Lévi-Strauss. Este autor —«el pensador del siglo», dijo un periódico francés a su muerte— opera como un gozne en los estudios de pa-

rentesco; hay un antes y un después de *Las estructuras elementales del parentesco*. Los textos que aquí se presentan pertenecen al más acá y el más allá de esta división: un trabajo de 1943, publicado durante su forzosa estancia neoyorquina, con base en su etnografía brasileña de fines de los años 30; otro, la conferencia Huxley del Royal Anthropological Institute de Gran Bretaña de 1965. En fin, la aportación de un neófito, una, la otra una suerte consagración ante uno de los grandes centros mundiales de la producción antropológica.

Para los antropólogos ajenos en sus investigaciones a cuestiones parentales *Las estructuras...* no pueden dejar de tener un atractivo teórico muy grande. Ante todo, resuelven con una fórmula brillante la cuestión de la hominización del hombre, en forma convergente, aunque no señalada, con lo que por las mismas fechas había indicado en la Introducción a la *Sociología y Antropología* de Marcel Mauss: la Cultura se instauro con la prohibición del incesto y con la irrupción de la significación. Además, la intuición maussiana se actualiza en los sistemas de intercambio de mujeres; más aún, el circuito kula y el casamiento con la prima cruzada matrilateral son metáforas uno del otro: se entrega con la mano derecha lo que algún día se recogerá con la izquierda.

Pero ese disfrute teórico no tiene mucho vuelo; pues ¿qué tiene que decir esa obra monumental sobre las realidades particulares? Por otra parte, mantener la discusión en un plano general y abstracto, y parte de la Introducción de los editores de este volumen es un ejemplo de esto, lleve quizás a que el lenguaje empleado y las proposiciones tejidas con él sean de un hermetismo que deja fuera a los no iniciados. De todas maneras, la propuesta de los editores hace pensar que se trata de construir un puente entre las teorías surgidas de las prácticas comparativas y la labor etnográfica concreta, personal, intransferible. Sólo en los estudios de grupos específicos podrá mostrar la teoría del parentesco, los distintos modelos que en ella compiten, en qué amplían el conocimiento que de ellos se obtenga.

Lo que hace relevante esta recopilación no es sólo la importancia de los textos puestos a disposición de los lectores hispanoparlantes, ni el cuadro contextual de la introducción, sino la perspectiva teórica de la que sus editores parten. En estos tiempos en que el pobre escepticismo posmoderno provoca tanta confusión es de agradecer que se reafirme la necesidad de teoría, la necesidad de etnografías competentes, la urgencia de una continua corriente retroalimentadora entre ambos planos.

Junto a tantas virtudes, un par de objeciones. Por un lado, la ausencia de un índice temático y onomástico que en volúmenes de esta extensión —sin hablar de la pluralidad de autores, de grupos étnicos, de problemas— hubiese sido de gran utilidad. Por otro, cuestión de gusto, la ruptura con la costumbre de la ediciones españolas al castellanizar las denominaciones parentales convirtiendo, por ejemplo, a la hija del hermano de la madre de MBD en Ha.Hno.Ma.

FERNANDO GIOBELLINA BRUMANA
Universidad de Cádiz

BOISSEVAIN, Jeremy (ed.): *Lidiando con turistas. Reacciones europeas al turismo en masa* (Barcelona: Ediciones Bellaterra, 2011), pp.

Lidiando con turistas es la traducción al castellano de *Coping with tourists* (1996, Berghahn Books), conjunto de etnografías editada por el profesor Jeremy Boissevain sobre las relaciones entre las poblaciones locales y los turistas en Europa. Antonio Miguel Nogués Pedregal, autor de uno de los capítulos del libro, traduce y prologa esta edición española. En el prólogo resume la evolución experimentada en las perspectivas de esta temática desde la publicación del original en inglés. Asimismo subraya la actualidad de aquellas cuestiones que ya se abordaran en la edición original e insiste y reflexiona sobre la naturaleza dialógica de estas relaciones, sin perder la ocasión de llamar la atención sobre la necesidad de buenas etnografías para evitar interpretaciones excesivamente simplificadas del tema que lo reduzcan a meras relaciones de dominio o de mercantilización de la cultura.

Precisamente la publicación de *Coping with tourists* supuso una ampliación de la perspectiva desde la que se habían planteado los trabajos antropológicos y sociológicos sobre turismo hasta aquel momento, confinados al contexto de los estudios sobre el Tercer Mundo, donde los turistas eran, casi en su totalidad, gentes procedentes de los países ricos. *Coping with tourists* desplazó el foco de la investigación hacia destinos turísticos europeos, donde tras décadas de recibir turistas¹, e incrementar gracias a eso sus niveles de riqueza y bienestar, se comenzaba a manifestar cierto hastío hacia el turismo bajo la acusación de que causaba graves perjuicios medioambientales y culturales. Para Boissevain este fue el punto de partida que le indujo a preguntarse por las reacciones europeas al turismo de masas. Para responder a esta cuestión impulsaría la organización de un seminario de la *European Association of Social Anthropologists* durante el verano de 1992 en Praga, cuyo resultado sería la mayor parte de las etnografías presentes en este libro, excepción hecha de las posteriores aportaciones de Annabel Black y de Simone Abram.

Mary M. Crain firma la primera de las etnografías, examinando tres casos interrelacionados de actividad turística en el sudoeste andaluz (la romería de Pentecostés, un complejo turístico en Matalascañas y el turismo ecológico del Parque de Doñana). Su trabajo muestra la diversidad de reacciones en función de qué grupos sociales locales han impulsado según qué tipo de desarrollo turístico y han acaparado los beneficios a costa de crear perjuicios al medioambiente o a las celebraciones religiosas.

Antonio M. Nogués Pedregal expone en la segunda etnografía, cómo un pequeño pueblo gaditano, Zahara de los Atunes, ha generado una identidad propia frente al turismo de masas que comenzaría a llegar sobre todo en la década de los 70, tras construirse el puente que unió Zahara con la ciudad de la cual es pedanía (Barbate) y de que manera se refleja esto en las fiestas.

Peter Odermat analiza la representación y presentación de los monumentos de la cultura arqueológica nuraga de Cerdeña, creadas para satisfacer a los turistas, desde la relación político-simbólica entre huéspedes, agentes de las representaciones y residentes.

En la cuarta etnografía, Annabel Black trata el caso de Malta, un territorio que conoce a la perfección y que llevó a Jeremy Boissevain a desplazar sus intereses de investigación hacia el turismo, mostrando la naturaleza cambiante y negociable de lo cultural en las relaciones de los malteses y visitantes a través de una serie de comportamientos flexibles.

Cornelia Zarka nos describe el caso de la isla griega de Skyros, en la que la llegada del turismo, concebido como el nuevo maná, en la década de los noventa del siglo XX, ha convertido la antigua hospitalidad hacia los extranjeros en una relación mercantil que, al tiempo, ha impulsado a marcar y definir límites entre lo considerado como privado y el espacio turístico, dejando espacios intermedios como el de los atenienses que veranean en la isla.

Simone A. Abram nos traslada al «corazón verde de Francia», al departamento de El Cantal (*Auvergne*, Francia), donde se practica un turismo rural, y donde la mayor parte de los viajeros tienen vínculos familiares o antiguos con la región. Su etnografía se centró en la diversidad de reacciones frente a los turistas y del desarrollo de la identidad local.

En el pequeño pueblo pesquero de Henningsvaer (Noruega) coinciden pescadores forasteros y turistas con la población local. Roel Puijk analiza cómo se interrelaciona el desarrollo de pesca y turismo en el contexto de las integraciones en el sistema nacional para comprender las reacciones de los residentes hacia los forasteros y a las ideas sobre la propia identidad.

En la octava y última de las etnografías, Heidi Dahles compara dos discursos sobre Ámsterdam surgidos de la interacción de los intérpretes culturales y los turistas. El primero de esos discursos corresponde al cruce del canal, transporte-atracción muy utilizado por los turistas y que proporciona una visión rápida de los principales atractivos de la ciudad. El segundo discurso es el de una asociación de jubilados que de forma voluntaria organiza paseos al interior de la ciudad.

Tom Selwyn cierra el libro señalando los ocho temas principales que se encuentran presentes en todos los capítulos, en todas las etnografías. La importancia de la procedencia de los turistas, que nos orienta sobre sus motivos e intereses. El término cultura y sus dos dimensiones, íntima-

¹ Boissevain en lugar de turista emplea la palabra «outsider» (forastero) e «insider» (vecino).

mente relacionadas, tanto la popular y cotidiana de las poblaciones locales, como la organizada y dirigida al turista, sometida por cierto a resistencias y limitaciones (tercer tema) por parte de los residentes. El cuarto tema es la relación entre turismo y mercantilización de la cultura, en el que se enmarca el supuesto de que los turistas despojan de significado las producciones culturales, lo que a lo largo de los distintos capítulos se ha demostrado más complejo y merecedor de mayor atención investigadora. En este sentido van también el quinto y sexto temas: el del compromiso de las autoridades con la entrada de turistas, que en algunos casos ha llegado a ser positivo, no sólo desde el punto de vista económico, sino social (El Cantal, Zahara de los Atunes). Y el de la complejidad de los cambios inducidos por el turismo (Skyros), donde cambia el valor de las tierras, al tiempo que desaparece el código de hospitalidad a partir del turismo. El séptimo y octavo tema se refieren respectivamente al marco gubernamental europeo y a las fuerzas económicas y políticas que modelan la industria turística.

La traducción española de *Coping with Tourists* es un ejemplo de la progresiva consolidación del turismo como materia de estudio de la antropología social en el marco español, al tiempo que un incentivo para continuar en el camino de la elaboración de etnografías y de la investigación en nuestro país, donde la falta de estas lastra su definitivo reconocimiento.

DANIEL CARMONA ZUBIRI

Universidad Miguel Hernández de Elche

LUIS GARCÍA, Carmen Nieves: *La música tradicional en Icod de los Trigos. Tiempo de juegos, rezos y entretenimientos*. Con la colaboración especial de Víctor Cabrera Higuera y Antonio Ruiz Martín. Transcripciones musicales de Fabiola Socas Luis. *Estudio histórico sobre Los Alzados*, por Manuel A. Fariña González. Estudio lingüístico por Antonia Nelsi Torres González. Glosario por Juan Francisco Rodríguez López. Volumen I. (Tenerife: Cabildo Insular de Tenerife, Obra Social de CajaCanarias, Ayuntamientos de Los Realejos y de San Juan de La Rambla, Centro de Educación Obligatoria «La Pared» de Icod el Alto, Asociación Cultural *Los Alzados*, 2011), dos tomos de 491 y 1464 pp + dvd con grabaciones audiovisuales y un cd con audios seleccionados. Presentación de Ricardo Melchior Navarro, presidente del Cabildo de Tenerife, y prólogo de Lothar Siemens Hernández.

Ya desde el primer vistazo al libro que nos ocupa, aparece como un producto complejo: un libro grande, con dos tomos, que contienen fotografías, documentos y músicas transcritas, grabaciones de audio de testimonios, narraciones, canciones, romances, etc.; grabaciones de vídeo de juegos y representaciones, en distintos formatos. En suma, una enorme cantidad de materiales que nos describen una realidad y una forma de vida y cultura. Es un libro en el que han participado múltiples personas, con contribuciones igualmente diversas y especializadas, y un libro que se anuncia como la primera entrega de una investigación mucho más amplia y ciertamente exhaustiva.

Así pues, lo primero que me llamó la atención al empezar a leer fueron dos cosas: el carácter fuertemente colectivo del trabajo y el nombre de los alzados.

El proyecto comienza en 1982, con una idea de la autora, Carmen Nieves Luis García, de recoger toda la música tradicional conservada en la isla de Tenerife. Su contacto profesional como profesora en el Colegio Público La Pared de Icod el Alto, hizo que el trabajo de campo se centrara en la comarca denominada Icod de los Trigos, situada en las medianías de la isla y que se extiende por el municipio de Icod el Alto y la parte alta del colindante San Juan de la Rambla hasta La Guancha. Al situarse en el pueblo, la idea de Carmen Nieves Luis, profesora y musicóloga, se convirtió en un proyecto no solo de investigación, sino también educativo, y a partir de ahí la cosa no hizo más que crecer, primero con la intervención de los propios alumnos en el proyecto escolar-musical. Luego se amplió el círculo de interés a sus familias, especialmente al constituirse en 1984 el «Grupo Los Alzados», dedicado a la interpretación del repertorio musical de Icod El Alto, y surgido a partir de la inicial colaboración de

los tocadores, cantadores y bailadores de la que hasta entonces había sido la «Parranda de Los Alzados», con lo cual se consiguió involucrar en el estudio, y darle una vertiente de aplicación y difusión pública, a gran parte del municipio. De esta manera, como reconoce Carmen Nieves Luis (p. 8), «el proyecto pasó a ser, prácticamente, de toda la comunidad». El trabajo de campo, con todo, se prolongó hasta 1995, aunque también nos cuenta la autora que «continuó, ya de forma esporádica, durante el tiempo que nos llevó el análisis y estudio de los materiales, y terminó tras la ratificación que los mismos informantes tuvieron que hacer sobre nuestra interpretación de los resultados».

La participación de la propia comunidad y los agentes locales en los estudios sobre la conservación de la variabilidad del patrimonio cultural y natural es uno de los indicadores más seguros de éxito para las políticas de conservación patrimonial, pero también uno de los elementos más difíciles de conseguir, como se puede ver en este mismo libro que, de forma tangencial, alude a otra situación distinta: a la propia diferencia en la apreciación de los mecanismos puestos en marcha para la conservación del medio natural, que se da, por ejemplo, entre los cabreros trashumantes que habitan los parajes que se pretenden conservar oficialmente por parte de las administraciones públicas como parques y reservas de naturaleza. Así pues, aquí tenemos el primer punto de valoración del proyecto y el producto del mismo que estamos presentando: es una investigación hecha en el pueblo, por y con el pueblo, y para el pueblo. En este sentido, no debe olvidarse tampoco el soporte para la edición de los ayuntamientos de Los Realejos y San Juan de la Rambla, como instituciones representantes de la comunidad, y el propio Cabildo insular de Tenerife. En términos técnicos podría también hablarse de una autoetnografía, una investigación de antropología aplicada, tanto al ámbito educativo como al patrimonial y, desde luego, construida a partir de lo que en antropología se considera el elemento metodológico definitorio: la observación participante.

Indudablemente el carácter especializado de una investigación etnomusicológica, cuyos principios teóricos y metodológicos Carmen Nieves Luis García demuestra dominar a lo largo de todas las partes de su proyecto, requiere una serie de herramientas y conocimientos técnicos precisos, que son los que constituyen el armazón del libro que comentamos. Pero no debemos perder de vista el carácter holístico o general del estudio de que este libro forma parte. De hecho, el proyecto educativo y musicológico puesto en marcha desde los años ochenta ha contado ya con una primera publicación en 1987, dedicada a los *Trajes tradicionales de Icod el Alto*, y la edición de dos grabaciones musicales: *La vida tradicional de Icod el Alto* (1987) y *Música tradicional de Pascuas* (1991). Con todo, y como se indica en la introducción, este es el primer producto de una recopilación mucho mayor, que incluye el repertorio patrimonial expresivo completo de la comunidad, y que se ha dividido a efectos de su manejo en tres partes. Esta primera, acoge lo que comúnmente otros estudiosos canarios llamaron el folklore infantil (es decir, aquellas formas de expresión y estilos relacionados con el mundo de la infancia), pero también el ámbito lúdico de la infancia y los adultos, y el mundo religioso, muy ligado con las ocasiones que podríamos llamar «fuertes» del ciclo de la vida, y especialmente con la muerte y el mundo creencial en el más allá. Otros dos volúmenes futuros, deberán seguir a este; seguramente con un tamaño similar o mayor que el que hoy tenemos entre las manos: uno primero dedicado a la música y las canciones relacionadas con el trabajo y, su complemento: el repertorio interpretativo relacionado con el tiempo festivo, y el ocio y la diversión.

En relación con esta ambición intelectual, que representa el acoger en un trabajo de campo tal cantidad de materiales y tal posibilidad de variables en los mismos, creo que debe destacarse otro elemento definitorio de la obra (que quiero insistir es algo más que un libro o que los libros a que vaya a dar lugar en el futuro) de Carmen Nieves Luis, y es su carácter transdisciplinario y, por ello mismo, colectivo. En este libro se reconoce la participación con tareas y autorías precisas de una serie de especialistas que han unido sus saberes y sus esfuerzos a este proyecto colectivo.

La complejidad técnica de las transcripciones de la música a un código escrito es un asunto no fácil de resolver y, en cualquier caso, para el que se requieren una formación y unos conocimientos que en nuestro país no es común encontrar en el mundo académico. La contri-

bución de la compositora e intérprete Fabiola Socas Luis es, en este sentido, fundamental en el libro. Pero no solo la transcripción de la música es importante: en la mayor parte de los casos, la música va acompañada por palabras, por versos con métricas y ritmos precisos. La colaboración de la profesora del Departamento de Filología Española de la Universidad de La Laguna, Antonia Nelsi Torres González, que ha elaborado un estudio sobre los aspectos fonéticos, gramaticales y léxicos del habla específica de esta comarca, con la colaboración de Dulce García Marrero, es otro de los elementos enriquecedores. Junto a él, hay que señalar los glosarios específicos llevados a cabo por Juan Francisco Rodríguez López, como miembro de la comunidad, y los especializados de flora y fauna, contribución de Víctor Cabrera Higuera. Para que no faltase nada, y teniendo en cuenta la importancia de la historia de los linajes familiares en el asunto de la pervivencia de ciertos rasgos culturales y de una estructura social precisa en el área de estudio por parte de los conocidos como «Los Alzados», se contó, a través de nuevo de un miembro de la propia comunidad y familia de los Alzados, el médico Eutropio de León López, con la colaboración de los investigadores y profesores del Área de Genética de la Universidad de La Laguna, que llevaron a cabo el estudio genético de la familia de los Alzados y sus distintos linajes.

Este asunto de «Los Alzados» es el que, finalmente y en segundo lugar, quería resaltar. El significado histórico, simbólico y cultural de Los Alzados y su valor dentro de la historia de Canarias, vista como una historia de conquista y resistencia. Podemos acceder a su conocimiento gracias a la que se ha titulado «Parte Introductoria. Los Alzados» y que es obra de la colaboración de Manuel A. Fariña González, profesor del Departamento de Historia de la Universidad de La Laguna, miembro también del Grupo de Investigación sobre la Música Tradicional de Tenerife y conocido especialista en la historia de la antropología y el folklore canario.

Así, empezamos la lectura del libro con una historia apasionante, la de un grupo humano que se ha mantenido unido, cohesionado, dentro de unas circunstancias históricas cambiantes, pero fundamentalmente caracterizadas por ser adversas: un grupo de familias que habitaban y habitan un territorio (un lugar conocido como «Lomo de Los Alzados») alejado de los centros de poder y actividad económica dominante, con el que mantenían, y en buena parte siguen manteniendo hoy, una relación de aprovechamiento económico simbiótico, basado en el pastoreo trashumante y en un conocimiento exhaustivo y respetuoso de su medio natural circundante, y con una forma de vida centrada en las relaciones familiares y locales; con sus propias estructuras, su propio mundo creencial y sus formas propias de expresión y transmisión cultural.

Lo que interesa resaltar es la posibilidad, mostrada por el estudio de M. A. Fariña González de relacionar este presente etnográfico de Icod El Alto con la historia de un grupo étnico, el de los Guanches habitantes de la isla de Tenerife y el menceyato de Icode, y su resistencia ante la conquista por los Reyes de Castilla y la explotación colonial del territorio que conllevó. El interés que presenta la polisemia del término Alzados, que tanto describe a los indígenas que en el siglo XV se resistieron a ser esclavizados, y se refugiaron —se «alzaron» a las partes altas, al monte, al interior más inaccesible de su isla—, como a una serie de linajes familiares que, al menos desde el siglo XIX y hasta la actualidad, han ocupado un mismo hábitat, primero rupestre y luego más aldeano, y mantenido unas relaciones intensas de parentesco y solidaridad entre sí. Como también, más adelante, es el nombre propio escogido para la configuración de un grupo asociativo cuyo objetivo es mantener, divulgar y enseñar a las generaciones futuras cual es su patrimonio cultural: de dónde vienen y cuáles son los valores que la comunidad representa y ofrece a las personas. Es en este sentido, en el que la historia de Los Alzados de Icod de los Trigos me parece ejemplar y creo que debe valorarse su labor —reconocida con la concesión a la Asociación Cultural Los Alzados de Icod de los Trigos del Premio Canarias 2012 de Cultura Popular—. La relevancia que tiene el poner a disposición de un público amplio, la historia y las formas expresivas de una comunidad local recóndita me parece una cuestión a tener en cuenta en el día de hoy, donde todo parece que está más cerca de lo que está realmente.

CARMEN ORTIZ

Instituto de Lengua, Literatura y Antropología. CCHS. CSIC. Madrid